

La espiritualidad y la nobleza de corazón¹

¿Qué se entiende por corazón? En esta jornada no esperamos que se nos describa la masa muscular con cuatro cavidades cuyo latido nos acompaña y nos permite vivir, desde que apenas embriones en el seno de nuestra madre. Sino, como el término que simboliza la vida interior del hombre en cuanto tal.

En ciertos casos “corazón” expresa el “alma”, el centro de la persona. Pero hay otro significado cuando por corazón se entiende el centro de la afectividad. Esta no forma parte del intelecto, ni de la voluntad.

El “corazón” puede ser la raíz de la afectividad, el órgano de la afectividad, como al intelecto se lo considera de los actos de conocimiento. Deseos, anhelos, todos los tipos de dolor y de felicidad hayan sus raíces en el corazón.

También por el corazón puede entenderse el “centro de la afectividad”, el núcleo de ella. Como una potencia fundamental del hombre, junto al entendimiento y la voluntad. Como un centro de la afectividad.

La primera acepción puede ilustrarse como el pasaje evangélico “... no es lo que entra por la boca sino lo que sale del corazón del hombre lo que mancha”

La segunda expresa el corazón como puente de los deseos, podría decirse una descripción funcional de la afectividad.

A la tercera nos referimos cuando se dice que un hecho “golpeo el corazón del hombre”. En este caso no solo lo conmovió (preocupó, dolió) sino que lo hirió en el verdadero núcleo afectivo. A este “corazón” se refiere el pasaje evangélico cuando expresa “donde esta tu tesoro está tu corazón”. Es el punto central de la esfera afectiva.

La esfera afectiva comprende un variado arco iris de manifestaciones, desde estados espirituales hasta las más elevadas respuestas espirituales.

Se puede distinguir, en primer lugar, entre sensaciones físicas y sentimientos psíquicos: Sensaciones físicas son: un dolor de cabeza, un buen baño caliente, descansar cuando estamos cansados. Esta claramente relacionado con el cuerpo y mediada por procesos fisiológicos. Somos conscientes de ellas, podemos ubicarlas (dolor de uña o cansancio en general). Mientras sentimos estos placeres o dolores los vivimos como algo que tiene lugar en nuestro cuerpo, ya sea localizado, ya generalizado.

Es evidente, para cada uno de nosotros, la diferencia que hay entre un dolor de cabeza o la tristeza por la muerte de un amigo. Son dos “sentimientos” distintos. Este tipo de sensaciones y de instintos corporales son las únicas que tienen una relación fenomenológica con el cuerpo. Son la “voz” de nuestro cuerpo.

No se debe pensar que este tipo de sensaciones son iguales en el animal. Los sentimientos corporales y los impulsos en el hombre no son experiencias espirituales, pero son experiencias personales.

También hay que hacer notar que estos sentimientos corporales son diferentes para cada persona, para cada *ethos* individual. El dolor no tuvo el mismo significado para un mártir que para el que no lo es.

Veamos ahora los sentimientos psíquicos. La variedad de sentimientos no-corporales es grande y hay muchas diferencias. Por ejemplo, el buen humor o la depresión que se experimenta después de tomar una bebida alcohólica (aun sin llegar al estado de ebriedad). Estas experiencias difieren de las anteriores (como el dolor, el placer físico, fatiga, o sueño)

¹ Este trabajo sigue la obra de Dietrich von Hildebrand “El corazón”, Ed. Palabra, Madrid 1996.

Estos estados de “alegría” o depresión son humores, no tienen la marca de experiencias corporales. Se puede estar deprimido o de mal humor sin saber la causa (puede ser una pelea de días pasados)

Estos “humores” no son las voces de nuestro cuerpo, son más “subjetivos”, están más radicados en el sujeto que en el cuerpo. Podemos estar alegres mientras se padece un dolor físico.

Pero estos estados de buen humor, difieren de otros sentimientos espirituales como la alegría por la conversión de un pecador, o la sanación de un amigo. En el estado de buen humor falta una relación conciente y significativa con un objeto, no es una respuesta “intencional”. La intencionalidad está presente en cada acto de conocimiento. En cada respuesta volitiva y en cada respuesta afectiva. Por ejemplo: conmoverse, llenarse de paz o ser edificado por un acto de gran generosidad. Los sentimientos psíquicos no intencionales, son claramente no-espirituales.

Los estados psíquicos están “causados” por procesos corpóreos o psíquicos. Las respuestas afectivas están “motivadas”. La verdadera alegría implica necesariamente no sólo la conciencia de un objeto sobre el que nos alegramos, sino la conciencia de que ese objeto es la razón de la alegría. En el estado de buen humor por alcohol es diferente. Entre la bebida y la jovialidad sólo existe conexión de causalidad eficiente, no es inteligible. Sabemos por experiencia que alcohol genera eso. En la alegría por recuperación de amigo, la conexión entre recuperación y alegría es tan inteligible que la verdadera naturaleza y su valor reclama la alegría.

El alcohol, actúa sobre cerebro y produce un efecto. El alcohol no reclama alegría. La cura de un amigo en sí, reclama alegría.

Nuestra alegría presupone el conocimiento de un objeto y de su importancia.

Hemos visto:

- Sensaciones corporales
- Estadios psíquicos
- Respuestas efectivas

Las respuestas afectivas tienen repercusiones en el cuerpo, pero estos procesos corporales (estas respuestas corporales), si las produjésemos, no nos darían la alegría.

Los estados psíquicos son en general transitorios y fugaces: mal humor, optimismo, depresión, irritación, nerviosismo. Son fluctuantes. Una tarea importante es autoeducarnos para evitar esas fluctuaciones.

Los “humores” irracionales que no son resonancia legítima de una respuesta espiritual y por lo tanto no están “justificados” ni son “significativos”. El carácter negativo con que se ve la realidad por haber dormido poco tiempo puede parecer la “realidad”, pero es sólo un estado de cansancio. Pero en estos estados de ánimo se puede llegar a “creer” que lo que se siente es lo real, y se convierten en una carga.

Nuestro corazón debe liberarse de la tiranía de los humores irracionales. Cuando “limpiamos” nuestra “casa” de ellos podemos dar lugar a sentimientos espirituales. Así podemos alegrarnos con la existencia de bienes grandes y permanentes que merecen ser objeto de nuestra alegría. Podemos experimentar la paz.

Hay dos formas de dependencia de nuestro cuerpo una conciente y otra inconsciente.

La conciente: la capacidad de emanciparnos de nuestras sensaciones corporales. Para algunas personas cualquier dolor físico los abate. Para otros es un drama cualquier esfuerzo corporal, por ejemplo estar de pie un largo rato, o estar sentados incómodamente. Y en ese estado no se pueden concentrar en otras cosas.

Otros son independientes, su alma permanece libre a pesar del dolor y pueden disfrutar de realidades espirituales a pesar de padecer dolores (no quizás muy violentos).

Forma inconsciente de dependencia: estados de ánimo psíquicos causados por nuestro cuerpo. Ver todo oscuro por dormir poco, o irritado por un proceso fisiológico.

La influencia del cuerpo no se experimenta de manera consciente. Se lo percibe como una situación real de nuestra alma. Le damos al cuerpo un dominio sobre nosotros mayor. Es una influencia camuflada. Los sentimientos son causados por procesos fisiológicos, pero se presentan como psíquicos y reales de nuestra alma. Al rendirnos a ellos nos hacemos esclavos. No tienen razones objetivas para existir. Si tomamos conciencia de ellos, logramos distancia y podemos superar y modificarlos.

Las sensaciones corporales no cambian por el hecho que modifiquemos nuestra actitud. Pero sí el mal humor, o la depresión. Cuando los desenmascaramos disminuyen. No todos por ejemplo el efecto de la menopausia de algunas mujeres o algunos estados neuróticos.

Pasiones:

Hay que distinguir las pasiones de estos estados psíquicos no-intencionales.

Se identifica la pasión con un ámbito opuesto a la razón y a la voluntad.

Al hablar de pasiones se refiere:

- 1) Determinado grado de experiencia afectiva. Un sentimiento alcanza un alto grado de intensidad. Silencia la razón, domina la voluntad libre. La ira puede hacer “perder la cabeza” a un hombre y que golpee a una persona furiosamente sin haberlo querido. Pierde capacidad de decidir libremente. Objetivamente no se queda sin razón y es responsable. Pero “es menos responsable que cuando no está fuera de sí”.

Hay dos modos de estar “fuera de sí”:

- a) El más inferior se caracteriza por la irracionalidad. Hay ofuscamiento de razón, impide su uso. Nuestro centro libre resulta superado y la persona arrojada en un brutal dinamismo biológico no espiritual.
- b) El modo más elevado de estar “fuera de sí” es en la situación de éxtasis o experiencias de estar poseído por algo más grande que nosotros. Cuando alguien se conmueve por un bien dotado de un valor importante hasta el punto de que se eleva más allá del ritmo normal de la vida. Y “pierde” contacto con tierra firme. Aquí no hay ofuscamiento de la razón, sino extraordinaria elevación, hay una toma de conciencia intuitiva que más que irracional se podría decir supranacional y luminoso. Llena nuestra razón de gran luz. Este éxtasis se opone a la esclavitud de la voluntad. Aquí, en vez de tener la razón estrangulada por las pasiones se experimenta una luminosa claridad intuitiva.

En el modo inferior de estar “fuera de sí” se puede encontrar numerosos tipos diferentes.

No es lo mismo si es causado por la ira, el temor o el deseo sexual. La misma ira tiene variantes, por ejemplo si está causada por el orgullo o por la concupiscencia, o si se trata de una “ira” justa (causada por un mal moral). También difiere si se debe a experimentar dolores físicos insoportables, o estar muriéndose de sed, o ser un drogadicto; o cuando por una tristeza profunda se golpea la cabeza por desesperación y se arranca los cabellos.

Pero, al hablar de pasiones, se debe tener en cuenta cuando a un individuo le capta la ambición, el resentimiento o la avaricia. En estos casos el estado no es pasajero, sino un dominio habitual. Este dominio tiene un carácter irracional y oscuro. No implica un ofuscamiento de nuestra razón. La capacidad técnica de razonar no se paraliza. El hombre dominado por la ambición o el deseo de poder tiene una refinada capacidad para calcular

con frialdad todos los medios necesarios para alcanzar sus ambiciosos planes. Posee incluso autocontrol.

Su libertad no está sojuzgada. Su responsabilidad no está disminuida de ningún modo.

Pero, la razón y la voluntad están esclavizadas por la pasión habitual pero es un sentido más profundo de esclavitud y un estrato más profundo de la persona.

La razón se convierte en sierva de la pasión. En lugar de reconocer la verdad y determinar lo que debemos hacer, se doblega por el dominio de la pasión. La voluntad libre, también se paraliza. Pero antológicamente ni se frustra ni disminuye, la responsabilidad subsiste. Puede premeditar y ordenar concientemente las acciones. El “sí” a los bienes morales relevantes y el “no” a los males morales relevantes queda silenciado.

El sentido más auténtico de pasión se refiere a sentimientos como ambición, codicia, lascivia, avaricia, odio o envidia, que tienen un carácter oscuro, violento e irracional incluso aunque no alcancen el estado apasionado. Merecen el nombre de pasiones independientemente de su intensidad. Cuando alcanzan un alto grado de intensidad o absorben a la persona asumen el rasgo más típico del estado apasionado o de la esclavitud habitual. Hay, en ellas, enemistad intrínseca con la razón y la libertad moral.

Hay que notar que en la pasión hay dos elementos a tener en cuenta, la intrínseca incompatibilidad con el centro libre de la persona que responde al valor y al respeto por el otro (por ejemplo en el orgullo y la concupiscencia); y, a esto se suma el carácter de un dinamismo salvaje y antirracional de una profundidad abismal.

En resumen:

Cuatro tipos de experiencias afectivas con dinamismo antirracional:

- 1) Pasiones en sentido estricto: ambición, el deseo del poder, la codicia, la avaricia y la lascivia.
- 2) Las actitudes con carácter explosivo como la ira. Ira motivada por un daño infligido y que parece “razonable” que se reaccione ante él. Ira al ver una injusticia. Es explosiva, incontrolable e impredecible.
- 3) Hay impulsos que son pasiones porque esclavizan a la persona: el borracho, el drogadicto, el jugador.
- 4) Respuestas afectivas que a pesar de ser respuestas al valor escapan de nuestro control. Por ejemplo el tipo específico del amor entre el hombre y la mujer. Cuando este tipo de amor alcanza una gran intensidad se convierte en un flujo tumultuoso. El amor es pasión al “encadenar” al amado. Este último no es perverso en sí mismo pero es peligroso.

Hay que diferenciar también en la afectividad una afectividad “tierna” como la que se manifiesta en toda su forma en el amor paternal y filial, amistad, amor paterno, conyugal y amor al prójimo. Hay personas que la ocultan porque son incapaces de mostrarlo y otros porque sólo para expresan en ambiente de intimidad.

El corazón puede “hipertrofiarse” y sentirse compasión por el pobre y no llegar nunca a la acción.

O, puede existir una “atrofia” del corazón por crecimiento desmesurado del intelecto, son meros espectadores. Puede serlo por orgullo y ambición que disminuye la afectividad o, por hipertrofia de la eficiencia: sólo es útil lo que le atrae. En algunos una exagerada voluntad que aplasta a la afectividad

El corazón puede “faltar”, por el orgullo y la concupiscencia. Por la ambición, la avaricia o el deseo de poder. Por el odio, la envidia, falta de honradez. O, en el esteta refinado, que, por ejemplo, al ver un incendio sólo le interesa el espectáculo. También falta en el

fanatismo y en el totalitarismo. Por último, en el amargado, por sufrir y no resolver el dolor. El “corazón” puede volverse tiránico cuando se opta por él como única guía verdadera. O, cuando se es incapaz de rechazar cualquier petición de un hijo, aunque sea dañina para él. Cuando se es débil y no se resiste a la presión de un tercero que nos desvía del camino. Cuando se ama por capricho a un hijo más que a otro. Cuando se es mediocre, egocéntrico, mezquino.

El “corazón” es el yo real de la persona. El corazón es el verdadero núcleo, a pesar que la voluntad de él “Sí” o el “No”. Pero la decisión más profunda es cuando el “Sí” se relaciona con el mayor bien. Por ejemplo el *fiat* de María.